

# REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

*Tip. de Dublán.*



LA MADONNA DELLA MELAGRANA.—BOTTICELLI.—FIRENZE.



## ESTAMPA.

A JOSÉ JOAQUÍN GAMBOA.

No recuerdo si en un breve antifonario  
Que ensangrientan purpurinas iniciales,  
O en las góticas ventanas de un santuario  
Encendidas por las luces vesperales,

Vi un emblema doloroso y amoroso:  
Un ardiente corazón que como un cirio  
Esparcía sus destellos sin reposo  
Atizado por su amor y su martirio.

Y clamé: sólo el divino Nazareno  
Puede ser inaccesible á las miserias  
Y trocar en mirra y bálsamo el veneno  
Que difunde la amargura en sus arterias.

Solo El sabe como lámpara ferviente  
Mantener su corazón siempre encendido,  
Que su sangre sacrifica dulcemente  
Por abrojos penetrantes oprimido.

Mas los nuestros, corazones infelices,  
Enconados por la ortiga del anhelo,  
Y con signos de indelebles cicatrices  
Aun después de la expiación y del consuelo,

Oh! los nuestros están llenos de maldades,  
Son humanos, son capaces de perfidias,  
Fracos plenos de vitriolos, de impiedades,  
De venganzas, de ponzoñas y de envidias.

Y los ojos en el símbolo doliente  
Del piadoso corazón siempre encendido,  
Que su sangre sacrifica dulcemente  
Por abrojos penetrantes oprimido,

Pedí amor para los tristes corazones  
Que son vasos de blasfemias y de agruras,  
Porque están envenenados con pasiones  
Y apretados por cilicios de amarguras.

*J. frenRebollo*



## BERNARDO COUTO CASTILLO.

«Jeune philosophe en dérive  
Revenu sans avoir été  
.....  
Pourquoi voulez-vous que je vive?»

\*\*\*

«Il voyait trop—Et voir est un aveuglement.

TRISTAN CORBIÈRE.



UÉ un pálido tripulante en el siniestro Buque Fantasma del Tedio. De pie sobre la borda, en los crepúsculos, en las noches y en las auroras, contemplaba sereno y estoico todas las ilusiones que se perdían y se borraban en la playa cada vez más distante... Blancos frontones, luminosas columnatas, floridos capiteles y astragalos, pinares y alamedas, surtidores cayendo en las piscinas, pavanas, serenatas, madrigales magias del perdido Trianón! Y el bajel errante y siniestro se alejaba con raudas singladuras, con su pesada bandera de terciopelo que el viento no lograba mover, con sus mil lampiones, como un gran ataúd, como un enorme y oscilante catafalco...

Todavía en el curso del éxodo tristísimo, como el negro navío doblara un cabo del país del Ensueño, el pálido viajero alcanzó á ver, sobre una roca de oro, surgiendo de un bosque de laureles, á la última ilusión que vestida de blanco agitaba su pañuelo blanco como queriendo alcanzarlo, en un impotente, en un vano, en un desesperado aleteo.

Fué la última vez que el pálido viajero sollozó... Después nada, nada, ni las orfebrerías del plenilunio sobre el carey glauco de las aguas, ni las satánicas y rojizas auroras boreales encendidas al paso del bajel, ni las estrellas erráticas, almas desesperadas que se arrojaban del cielo al mar profundo, nada, nada conmovió al viajero pálido que, como una cariátide doliente, vivía y velaba inclinado sobre el mar.

Ni las sirenas, que fascinantes y arrulladoras florecieron una noche con sus hombros, sus senos y sus vientres desnudos el verde jardín oceánico, lograron enardecer de deseo aquel eterno rostro pálido;

bien sabía él que las sirenas serían al fin tan viles, tan falaces y tan pérfidas como las mujeres-súcubos de sangrientos labios y ósculos astringentes que sorbieron fragancias y blancuras en su fugaz alma de niño.

Y sin un deslumbramiento ni un entusiasmo para los prestigios de Armórica, seguía el pálido viajero inclinado sobre la borda del siniestro navío, como un abrumado atlante, como un telamón doloroso á cuyos pies el mar, el mar amargo y negro, el mar de tiniebla y de hiel parecía su vida, su pobre vida toda deshecha en llanto....!

\*  
\*  
\*

La noticia del fallecimiento de Couto, violenta y cruel como su muerte, se propagó cuando artistas y literatos reunidos en la exedra honraban la memoria del gran Campoamor. Agravaron su luto los terciopelos de aquel duelo y el gemido de la orquesta resonó más ampliamente como abismándose en las profundidades de la nueva fosa que se abría.

Mi amigo, mi camarada, partió sin que me fuese dado acercarme á su lecho de agonía; yo hubiera querido estar ahí para reconfortarlo, para ocultar á sus ojos la paz convulsionada de Gorgona, con que la vida se asomó por última vez á su lecho de muerte; para darle la seguridad de su triunfo indudable, la certidumbre de su misión cumplida á pesar de su existencia breve pero fecunda.

Quién sabe si entre los relámpagos lúcidos de la fiebre no haya visto derrumbarse alguno de sus proyectos más queridos como el de reunir en artístico y refinado volumen, ilustrado por Ruelas, la colección de sus «Pierrot,» esos Pierrot tan amados por él y á quienes animó con las virtualidades de su propia alma exquisita, comunicándoles sus ensueños, sus tedios, sus amores y sus lirismos todos. Porque el «Pierrot» de Couto no fué el galante «Gilles» de Watteau, ni el *chic* de Gautier, ni el funambulesco y frívolo de Banville, sino el que con su brumoso crayon ha litografiado Willete en tanta macabra escena, el Pierrot que Verlaine fijó en aquel soneto:

«Ce n'est plus le rêveur lunaire du vieil air  
Qui riait aux aïeux dans les dessus de porte;  
Sa gaité, comme sa chandelle, hélas! est morte,  
Et son spectre aujourd'hui nous hante, mince et clair.»

Pierrot-Hamlet, cuya veste fué tramada en los telares de la Melancolía con las brumas sutiles del esplín; Pierrot, que ha hecho su Luxemburgo en la necrópolis y ahí por encima de cenotafios y mausoleos se iergue con los brazos abiertos como una gran cruz blanca sobre el disco aperlado de la luna que tramonta....

El «Pierrot Sepulturero» fué tal vez la última obra firmada por el compañero á quien lloramos; ¿habéis visto esa exquisita fantasía, ese raro relieve tombal cincelado en un blanco mármol cruzado por jaspes payorosos; esa inquietante melodía tocada en un Stradivarius de negro ébano y en donde el arco irónico mezcla sordos espasmos de dolor y agrias risas estridentes?....

Al pie de ese artículo ya impreso quedó en la página un espacio blanco que el *formador*, perplejo, no sabía con qué llenar. ¿Couto vería ese *hueco* al corregir sus últimas pruebas? Aquel claro, aquel espacio albeaba como una lápida; «no hay con qué llenarlo,» reclamaba el impresor. Y lo llenó el siniestro Destino y en aquella blancura donde nadie adivinó la piedra de una tumba, una mano amiga y temblorosa trazó un epitafio inesperado!

Artista exquisito, aristócrata y refinado fué Couto, un sediento de Ideal. Casi niño, pero ya virilizado por una admirable precocidad, hizo un viaje á Europa y en París, en pleno Montmartre, en las basílicas del Arte Nuevo y de la Belleza de todos los tiempos, fué crismado y armado Caballero. Con qué ardimiento, con qué verba elogiosa y entusiasta hablaba en el curso de nuestras sabrosas pláticas, de los episodios de su vida parisiense frente á una tela de Manet ó un bronce de Rodin, en las veladas de un cabaret de intelectuales, á lo largo del Boul'Mich, ó bien de su Suiza amada, idilios en el lago Lemán ó crepusculares éxtasis ante la Jungfrau en Interlaken!

De esos episodios que encantaban su vida, de ese viaje temprano, de esos deslumbramientos anticipados provino su mal ulterior. Bruscamente arrancado á aquellos Paraísos que eran la patria digna de su alma delicada, volvió á México y el purgatorio comenzó con la inaudita hostilidad del medio. El artista raro y exótico pasó invisible ante los ojos testáceos del burgués estólido....

Los afanes de gloria se convirtieron en anhelos de olvido; hay dolores que necesitan cloroformarse y hay infiernos que á falta de luz celeste imploran las rojas luces de bengala de cualquier Paraíso Artificial.

El caso de Edgard Poe con diversa perspectiva, pero con igual fuerza trágica.

\*  
\*  
\*

Una marina de De Groux; un inquietante lienzo de Arnolfo Bœklin:

Sobre un mar de tinta va el Buque Fantasma, con su bandera de pesado terciopelo que el viento no logra mover, con sus mil lampiones como un enorme y vacilante catafalco....

Tras de inmensas veladas nostálgicas, tras de largas noches polares, el pálido tripulante ha caído fulminado y muerto.

Un tropel negro y silencioso lo amortaja y el olvido amarra á sus pies una bala de cañón.... El bajel detiene su marcha y desplomado desde las altas bordas un cadáver cae al mar, al negro abismo en raudo y vertical desplome....

Algo inaudito. Las aguas fosforescen y de las ondas glaucas emerge un tropel de sirenas cuyos brazos se disputan un pálido cuerpo de efebo, libre de mortaja, iluminado por la luz de una nueva vida. Cantando rítmicamente, las sirenas nadan hacia la playa y playa la avanza hacia las sirenas hasta que el efebo libre, ágil, transfigurado, radiante, pisa las arenas de oro de la orilla, lanza un grito de redención y cae sobre el piadoso seno de una virgen extraterrestre arcángel de Botticelli—Venus luminosa—Madona celestial!

Son las nupcias eternas del artista en el país del eterno Ideal!

México. Mayo 1901.

JOSÉ JUAN TABLADA.

## PAIX.

Tremblement des bannières de pourpre dans les batailles,  
Hennissement convulsif des chevaux cabrés sous les lances,  
Hurlement des clairons aux poings de la Rage qui s'élançe,  
Regards blancs, dans la mêlée, de ceux qui défaillent,

Et ces tas de cadavres, les doigts crispés aux armes, par la plaine,  
Où le canon, voix même de la mauvaise destinée, tonne,  
Et la honte du soleil d'été ou le deuil des pluies d'automne  
Sur ces charniers d'où la mort exhale sa noire haleine,

Arrière, ô cauchemar du sommeil de la Terre!  
Car ce printemps fait éclore au sein rosé des mères  
La boue des petits enfants qui doucement crient,

Et de la vallée aux lacs luisants à la montagne, source des eaux,  
Voici, parmi les brises et les ailes légères des oiseaux,  
Sonner, battant comme des cœurs, toutes les cloches de la Vie!

STUART MERRIL.





## DEL "LIBRO DEL DOLOR."

---

### LA FIEBRE.

No te vayas, espera, no es la hora;  
Abrazate á mi cuerpo;  
Cuando te vas me quedo solo y triste  
Y vuelven los recuerdos.

Las oscuras cortinas de mi alcoba  
Me parecen espectros;  
En el aire hay cabezas que se ríen.  
Espera... A ver si duermo...

¿Que va á venir? ¿Quién? ¿Ella?  
¿Te burlas? ¡Tienes celos!...  
¡Cómo quieres que venga, si le han dicho  
Que la vas á matar, y tiene miedo!

---

### LA ARTERIA ROTA.

Como corre la sangre de la herida  
Dejé correr en vano  
El curso inútil de mi estéril vida.

Hoy, que exangüe me siento, á cada gota  
Quisiera lo imposible, por mi mano  
Ligar la arteria rota;

Vivir de nuevo modo la existencia,  
Y no del que condeno  
Cuando á solas pregunto á mi conciencia,  
¿Fuí sabio, he sido artista, he sido bueno?

---

### MUSICA DE ORIENTE.

Cierra el piano: las cadencias  
De las danzas orientales no recuerdes,  
Las cadencias de las danzas orientales  
Que mis sueños arrullaron tantas veces.

No murieron mis rencores;  
Dormitaban en su nido de serpientes,  
Y ya asoman las cabezas triangulares  
Evocadas por la música de Oriente.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

---



## FELIPE VILLANUEVA G.

A Manzano, Elorduy, Valenzuela, Velázquez,  
Fuentes y Lavat, (amigos del Maestro).



UGUSTO de Platen, en un heroico poema, cuenta que en la toma de Clesiphon la Magnífica, habiendo obtenido de Omar el sátrapa Harmosan como última gracia, que no se le diese la muerte mientras no bebiera, hizo pedazos la crátera de ónix henchida de vino, y Omar impasible exclamó:

—Si hay en la vida algo sagrado es la palabra de un héroe: que el persa viva!

Recordaba yo este generoso poema una tarde en que, en íntimo coloquio de arte con los fieles amigos del artista muerto, me propuse escribir un estudio sobre el Maestro bienamado, sobre su obra malograda y peregrina, sobre el relieve de su personalidad artística, vigorosamente perfilada en unas cuantas composiciones, fragantes aún, porque no han sido profanadas lo bastante para que se marchiten. . . . Recordaba yo ese caballeresco poema, y una lejana increpación tardía concatenaba la evocación del sátrapa sagaz como Ulises ante la imperial generosidad del islamita, y la avidez del moderno artista nuestro para beber su vino hasta las heces! . . . Ah! por qué, por qué no estrellaste tu crátera henchida contra el mármol del pórtico de la gloria á que habías ascendido! . . . Por qué no rompiste tu vaso de ónix, seguro de la clemencia de la fortuna, que te había sonreído como querida, y con tu pluma empapada en el vino esparcido no escribiste una rapsodia á Anacreón, en honor de que llegó á viejo!

Apuraste la vida de un solo trago, como un burgrave huguiano, despreciador de la gloria y de la muerte. . . . y las dos te abrieron los brazos y te besaron en la boca!

\*  
\*  
\*

Felipe Villanueva vino un día á México en plena juventud, con la simiente embrionaria del arte en su espíritu, con sus dedos ágiles y sus ojos vivos para leer las notas que su violín vibraría ávido de ser escuchado. En los escaños de las orquestas zahirió de pronto aquella cabeza turbulenta de indio puro, hirsuta, hosca, de púas de ágave en la rebelión de sus bigotes mongólicos, rostro de frente estrecha y torva, bajo cuyas cejas ceñudas y airadas, los ojos centellantes, relampagueaban en la lectura febril de un *presto*, de un *vivace*, de alguna suma dificultad que salía, á primera vista, limpia y pura de su arco victorioso. El artista, ignorado, puesto que era temido, soñaba ardientemente un estadio más vasto para luchar: no había venido á ser corifeo, sino rápsoda: no venía tripulando la trirreme *Argos* en la banda de remeros de estribor, sino en la proa, fiero, inflexible, taciturno, en busca de un vellocino de oro!

Rodó en las orquestas—como tantos artistas oscuros que no han tenido el carácter de Villanueva!—y la audición constante de la música moderna, cuyo renacimiento florecía en México á la sazón, exasperó al joven músico y lo decidió á realizar un medio madurado para desligarse de toda colectividad: ser pianista. Estudió el piano con ardor, con fiebre, con la tenacidad genuina de su raza; de día ganaba el pan y de noche velaba en el estudio, y de pronto, cuando nadie había sospechado su transformación, surgió como pianista hábil, como técnico disciplinado. La conquista del más ingrato de los instrumentos, pero también el más completo, le abrió amplio horizonte en la vida artística de México; su facultad de leer á primera vista la música polifónica más abrupta, las fugas y los cánones, lo familiarizó con los compositores inabordables; sus dedos de estructura ingrata fueron domados por su voluntad poderosa y flexibilizados por su poderoso temperamento artístico, y al adquirir la independencia en la digitación, en lucha diaria con los técnicos preceptistas, adquirían la facultad de hacer sentir y soñar, de acariciar las teclas y matizar los sonidos con una poesía desconocida que principió á delinear dichosamente su personalidad de artista.

Su interpretación, netamente subjetiva, causaba asombro y placer. No era otro imitativo que surgía anodino y meticuloso, vaciando una naciente aptitud descolladora en los moldes viejos para anquilozarla lamentablemente. No! era un artista fuerte, un violador de preceptos académicos (valga la frase en música), un temperamento en rebelión que ponía su espíritu y su corazón en la asimilación de las sensaciones que interpretaba. Era un cerebro creador ansioso de la paternidad, seguro de sí mismo, ávido de poder increpar á los maestros que evocaba diciéndoles: «¡ahora yo!»—y este predominio innato, esta seguridad de su fuerza, este soberbio reto de su ambición irreductible y consciente, lo hicieron sacudir su inacción creadora, su catalepsia larvada de compositor. Midió su saber y se encontró débil, y á los veinticinco años, sin aula ni maestro, sin leer el francés, compró su Durand y su diccionario y púsose á traducir y á estudiar armonía y composición.

El pianista ambidextro se asimiló la ciencia por virtud de sus facultades analíticas, y Felipe Villanueva surgió armonista y compositor.

Conquistó su renombre con una sola composición, su *Vals poético*, apasionado y tierno, que descubrió súbitamente los tesoros del alma del músico, su sensibilidad y su refinamiento artístico. El corte chopeniano de la composición la permitía, sin embargo, alzarse libre, sin ninguna reminiscencia, con originalidad y frescura envidiables en un temperamento americano que tan soberbiamente debutaba como creador. La primicia fué echada á volar á los vientos del cielo, los artistas y las soñadoras la interpretaban con avidez, con deleite, con unanimidad aclamativa; pusiéronla en su selección de poetas del piano, entre las más bellas páginas de Grieg, de Stephen Heller, de Chopin, de Tschaikowski. Su nombre fué acariciado por la celebridad: Villanueva, y el pacto judío con Syllock—ah! si el artista hubiera surgido en Europa!—el pacto ruin con el editor espoleó al músico á sacudir la savia de su vida malograda. Diez y nueve son, por desgracia (pues si antes había escrito otras, fueron su juvenilia), las composiciones editadas para piano que nos dejó Villanueva: cuatro mazurkas, la primera en re mayor, la segunda en la menor, la tercera en re bemol mayor, la cuarta (*Au bal*) en do mayor; tres valsos, *Causerie*, *Amor*, *Vals poético*; once danzas, dos *En el Paraíso*, dos *Venus y Cupido*, tres *Amorosas*, tres *Humorísticas*, una *Un sueño después del baile*, y por último, un *Minueto* póstumo. Póstumos son también su ópera *Keofar*, cuya instrumentación fué terminada por su amigo Juan Hernández Acevedo, muerto hoy también, y un *Gradual* y un *Sanctus* de Requiem, escritos para voces y orquesta.

Siento restringirme á delinear mi impresión estética de las composiciones de piano solamente; pues la apatía de nuestros snobs dilectantes para todo lo nuestro, que ha atrofiado las facultades lírico-dramáticas de nuestros compositores, si bien se admiró en una sola audición póstuma de que Villanueva hubiera compuesto tan hermosa música, no volvió á patrocinar ni á alentar siquiera la resurrección del *Keofar*, y yo, lejos de México, no tuve la ventura de presenciar el póstumo triunfo del Maestro.

La predominante sensación al oír la música de Villanueva es la de él. Es él. Se le siente, se le oye, no se confunde con nadie. Y esto que parece tan sencillo, este don de personalidad, ¡cuántos quisieran poseerlo, aun de los consagrados por la gloria! La poesía de su música entra en el espíritu por derecho de conquista, en línea recta, como el perfume de una flor que no hace sino brotar para ser sentido y gozado, como una mujer bella que no hace sino pasar para ser soñada y deseada. La música de Villanue-

va es de nuestro corazón, de nuestra alma, lo que no pudimos decir porque nos fué negado ese don, pero que sentimos como nuestra interna poesía expresada en notas, expandida en ritmos musicales de morbi-  
dez encantadora. Y como la música es el lenguaje de las vaguedades que más satisfacen nuestros sueños  
ardientes de idealidad, porque no pierden su espiritualismo traducidas en palabras, la música de Villanue-  
va—nuestro malogrado poeta del piano—con la psiquis de su poesía virgen, fresca, palpitante, encarna-  
da en notas, nos domina por la ternura que es debilidad, por el fuego intenso de que está poseída, por  
su salvaje colorido americano que hace vibrar las cuerdas en ráfagas de pasión huracanada.

La música de Villanueva es intensa, vehemente, apasionada, ávida de expresar el amor y la vida,  
pues no he conocido un artista que tenga la avidez de placeres que Villanueva. El desarrollo de sus com-  
posiciones es rápido; no hace sino enunciar una frase, abierta, franca, sentida, cuando ya la apasiona, la  
retorna y la crece, expandiendo su vida con los modernos procedimientos musicales y apoderándose del  
espíritu para hacerlo vibrar al través de los nervios del organismo humano con la sensación refleja del  
arte.

Si estudiamos la estructura de su minueto en sol sostenido menor (póstumo), su mejor obra, si acaso  
no la más característica de su procedimiento, encontramos, como en todas sus composiciones, una ascen-  
ción rápida que lo hubiera llevado en breves años á componer obras de aliento, refinadas por su selec-  
ción asimilativa. El *allegretto ben legato* prescrito para la composición le imprime un aire flébil, galante,  
cortesano, que evoca inmediatamente la danza antigua; los ritmos están trazados sabiamente sobre los  
periodos musicales, en armoniosa polifonía encomendada á dedos que sepan ligar y sostener cantos dis-  
tintos. Con la indicación constante y minuciosa de las ligaduras rítmicas, era superflua la indicación de  
los pedales, supresión que el gráfico ingenio de Ernesto Elorduy comparaba un día, refiriéndonos al  
estudio *Si oiseau j'étais* . . . de Henselt, á la prescripción de los guantes en una recepción de etiqueta.  
Bajo la aparente sencillez melódica del minueto, se ve que está trabajado con amor y ardimiento para  
lograr las bellezas modulativas y cadenciosas; las progresiones descendentes por semitonos están tersa-  
mente armonizadas; el colorido, que llega apenas al *mezzo forte* en las dos primeras partes, se inicia  
pianísimo en el trio *cantabile*, y aquí sí, para sostener el bajo en pedal constante y el mismo dibujo de  
tres notas de la mano izquierda, está prescrito *molto ped.*, que manejado hábilmente nos lleva por indi-  
cación de un *crescendo* á un *fff appassionato*, una erupción reprimida del alma del Maestro, de la que  
declina en un *decrescendo* suave, lánguido, para caer en un pasaje amoroso en sordina, de un contra-  
punto sencillo que se pierde cantando en un ensueño lejano, y de pronto despierta en otro grito de pa-  
sión acompañado de disonantes acordes exasperados y estridentes, espasmódicamente patético, hasta  
que descansa en un *diminuendo* imitado para volver por medio de una modulación magistral al pri-  
mer motivo y terminar con dos frases cortadas, que tanto gustaban á Villanueva y que son de un efecto  
delicioso.

He hecho un esquema del minueto póstumo—yo que siempre esquivé el aula!—porque es desconoci-  
do en México y porque su mazurka en re bemo<sup>l</sup>, para mí la más inspirada, la más ardiente, la más apa-  
sionada de Villanueva, es conocida de cuantos entienden música. En esta composición el músico dejó  
encarnada su personalidad, su fragante y fresca imaginación perfumada de amor, su poder de expandir  
hasta un grito de espasmo la pasión de su vida y de su alma: el arte! Arte por él sentido y creado, arte  
suyo, netamente suyo, á pesar de quienes han pretendido ver una reminiscencia de Massenet en una de  
sus mazurkas, y para regocijo de los cuales hariales oír yo la frase integral del vals *amor* de Villanueva  
en el *leit motive* del *andante cantabile* de la sinfonía núm. 5, opus 64 de Tschaikowski. Bah! . . . . Esas  
cerebraciones idénticas, y por lo demás fugaces, de una frase de cinco notas, no se tiene sino cuando un  
artista se llama Villanueva!

. . . . De su vida? Ah! ya he dicho que no he conocido un artista con la avidez de placeres que Villa-  
nueva! . . . . Su intensa vida pasionante, sedienta en nuestro desierto de arte, soñaba en las rosas y las  
ninfas de las fiestas danzantes de Eleleo, rey por el tirso florecido de yedras, rey por la diadema de  
pámpanos de oro, y soñando hacer de su juventud una Cleopatra, buscaba con frenesí al despertar de una  
noche de amor la perla yacente en las heces! . . . .

Su talento y su carácter le dieron el predominio efímero de su vida malograda sobre sus contempo-  
ráneos que reconocieron su superioridad intelectual; su sinceridad ruda le abrió los corazones de cuan-  
tos le rodearon; sus genialidades eran ingenuamente bellas.

Una noche D'Albert dió un concierto en México y tocó la mazurka en re mayor de Villanueva. El  
pianista consagrado besó en la frente al compositor desconocido en Europa, y dijo esta frase: «Es el ar-  
tista más genial que he encontrado en América» Y en tanto nuestro músico, frenético de júbilo, decía á  
sus amigos:

—Hasta hoy he sabido que mi mazurka era tan hermosa!

Su facultad de leer música á primera vista era prodigiosa. Cuando se puso en escena por primera  
vez en México el *Falstaf* de Verdi, Gino Golisciani presentó el spartito para orquesta, invitando al artis-  
ta á revisarlo, y Villanueva lo redujo á piano, íntegro, á primera vista. Sucedió con frecuencia que Vi-  
llanueva pasara toda una noche tocando música suya, y alguna vez una sola composición, su *Vals poé-  
tico*, ante un auditorio de artistas y dilectantes encantados de oírlo, de su auto-interpretación ardorosa  
y deleitosa. En cambio, no había nerviosidad que lo sublevara tanto, como la de ser invitado á tocar an-  
te personas que manifestaran curiosidad de oírlo, y ocasiones hubo en que un salón henchido de admi-

radores suyos, verdaderos ó falsos por snobismo, se quedara esperándolo inútilmente: lo cual no era obstáculo para que la aristocracia de México se lo disputara en el profesorado.

Pero donde el músico se hallaba en plena bohemia dorada, era entre los suyos. Sentado al piano con Vicente Lucio, el exquisito y pundonoroso pianista muerto antes que él, Villanueva devoraba febril las páginas más abstrusas de Bach, de Beethoven, de Schumann, de Brahms, haciendo la delicia de selectos oyentes; y cuando los dos artistas habían encumbrado á su pequeño auditorio al cielo del arte, descendían á las praderas floridas pobladas de ninfas desnudas de Léo Délibes, el músico amado de Villanueva, el consentido por la semejanza entre la música sensual y carnal del artista galo, nieto de Grecia, y la música esencialmente profana de nuestro artista.

Los *ballets* del exquisito autor de *Sylvia* hacían el deleite del músico malogrado, que hubiera hecho de la danza criolla americana el poema de la sensualidad ritmada—apenas hizo el prelude de ese poema!—; poema truncado también por el enervamiento del exquisito cubano Cervantes y que ha necesitado del talento exótico de Cécile Chaminade y Emile Pésard para llevar á Europa una ráfaga apenas del deleitoso ballet indiano! Chopin universalizó la mazurka de su Polonia, pero hasta hoy ningún americano ha podido universalizar la danza. Y Villanueva tenía ese poder!...

Fué en América el portaestandarte de un renacimiento moderno en música; superior á Gottschalk—consagrado por Chopin—y á Mills en procedimiento artístico; superior á nuestros compositores en potencia creadora; superior á las celebridades anónimas neo-continetales que prefieren la virtuosidad reproductriz é infecunda á la creación de arte propio, Villanueva, que pudo ser el consumidor, fué solamente el precursor!... Una mañana—el 28 de Mayo hizo ocho años—cundió á la hora siniestra del abrevadero en el bar, entre el México elegante y flaneador abrasado de sed, en la avenida morisca rebotante de vida, con la celeridad de contagio de las noticias siniestras, la nota del día: Villanueva había sido muerto por una pulmonía fulminante. Había muerto en unas cuantas horas, súbitamente, sin que la pasividad atávica de sus parientes,—pasividad genuina de una raza en la que el artista fué excepcional rebelión,—hubiera opuesto ninguna resistencia al golpe traidor de la muerte. Sus amigos acudieron tarde, á blasfemar del destino impasible sobre el cadáver ó á contemplarlo aterrados y aterradores, y cuando el Maestro bienamado fué conducido para siempre al cementerio, pudo decirse como en las *Tristes*, que en su morada desierta todos los rincones tenían lágrimas!

Cayó! Disipóse! Extinguióse! Su cuerpo fué devorado y pulverizado, y de su obra póstuma no quedaron ni vestigios; fué barrida y sepultada por sus piadosos y bienaventurados parientes en su pueblo natal. El Santo Oficio de la estupidez secuestró hasta la última página de música, hasta el último manuscrito del Maestro. De su obra inédita no quedó ni piedra sobre piedra! La fatalidad, á la que él venció en buena lid cuando vivía, con su genio indomable y su voluntad inflexible, tomó la revancha á su muerte y segó hasta el menor brote de recuerdo en muchos que se pregonaron sus amigos!

Empero, como en la canción de Stechetti, el cancionero amado del Maestro, han brotado de su sepulcro ardientes rosas al calor de nuestra evocación de aquella tarde—¡oh vosotros sus fieles amigos!—en que os prometí perfilar, aunque fuese en esquema la obra malograda y peregrina de Villanueva..... Son flores nacidas de su corazón, de su apasionado y pobre corazón enfermo de sentir y de soñar... Son las rosas de su juventud tronchada en flor, las rosas simbólicas de su sangre ardiente y generosa que regaba un cerebro potente y alentaba un espíritu superior y dilecto, consagrado por el arte y por la gloria!... Y hoy que rendimos este pequeño tributo débil y tardío á la sagrada memoria del artista muerto, parece que un eco doliente se levanta de su sepulcro y plañe á vuestra amistad piadosa como en la canción del poeta, y que el alma del sentido músico os dice que esas flores son

i canti chí pensai, ma che non scrissi.....

Oh! bienamado Maestro, malogrado Maestro, duerme..... duerme.....!

RUBÉN M. CAMPOS.





## A UNA MARQUEZA

Cuando tu boca me besa,  
en repetirme se obstina  
que vienes, en línea expresa,  
de una elegante marquesa  
que murió en la guillotina.

Pero, si no cuento mal,  
mucho más noble soy yo,  
pues mi título ducal  
es el «Contrato Social»  
de Juan Jacabo Rousseau.

Mi uniforme es este craso  
y obscuro traje simplista,  
pero ¿hay un contraste acaso,  
entre tu falda de raso  
y mi corbata de artista?

La mejor prueba es que iguales  
nuestro amor sin un reproche  
y que, olvidando tus galas,  
como una estrella con alas  
has puesto un beso en mi noche.

Tú creerás que me fascinas  
refiriendo los detalles  
de tus castas heroínas,  
las marquesas libertinas  
que pecaban en Versalles.

Pero asisto á tus tiradas  
que deshojan flores secas  
como á un viejo cuento de hadas,  
donde hay joyas olvidadas  
en teatro de muñecas.

Tu vetusta raza ignora  
los modernos despertares  
y es por eso que te azora  
la violencia vengadora  
de las rachas populares.

Pero si el color te enfada  
y si la plebe te enoja,  
¿por qué me ofreces, malvada,  
tu boca más encarnada  
que mi escarapela roja?



## EL CRISTO DE LOS ULTRAJES.

CUADRO DE HENRY DE GROUX.



OS intelectuales piden un Dios y muchos no vacilan en implorar abierta y públicamente á Nuestro Señor Jesucristo, “des Dieux le plus incontestable,” decia Baudelaire.

Es cosa infinitamente digna de observarse esa misteriosa impulsión de los espíritus jóvenes en el sentido de una renovación del Cristianismo; evolución hasta ahora literaria que parece haber comenzado en “Las Flores del Mal” y que Paul Verlaine ha milagrosamente acelerado en estos últimos tiempos.

Este, el *único* gran poeta que haya llevado francamente su corazón á la Iglesia desde hace unos seis siglos, rejuveneciendo por un prodigio de genio todas las viejas imágenes que el ateísmo ó la costumbre habían desteñido hasta el ridículo, glorificó el Santo Sacramento y la Oración en tan bellos versos, que la juventud incrédula de la poesía contemporánea se vió forzada á admirarlos con entusiasmo y á convertirse en discípula, y eso ha llegado á un extremo tal que hoy el Catolicismo tiene el carácter de algo como una aristocracia del pensamiento.

Agreguemos que los artistas modernos, y sobre todo los pintores, ofrecen bien pocos consuelos á los peticionarios de Sublime

Por todas esas razones, estimo veinte veces asegurado el triunfo del “Cristo de los Ultrajes,” la tentativa más formidable de espiritualismo cristiano que se haya llevado á cabo en pintura, desde los predecesores de aquel paganismo edulcorado que se llamó el Renacimiento.

Notad que no se trata de ninguna manera, de un asunto que pudiera conjeturar fácilmente la imaginación de los críticos y cuya banalidad salvaría una ejecución más ó menos divina. Por el contrario, el cuadro se encuentra á distancias telescópicas de los lugares comunes imaginables de la iconografía religiosa.

Es el Sufrimiento del Cristo, tal y como lo han relatado los santos visionarios en los libros de diamante que sobrevivirán al Juicio Final de las literaturas; tal y como lo han certificado los Antiguos Testigos que se hicieron “degollar” por obedecer á la orden de ser “configurados á la muerte;” en fin, tal y como la Iglesia, no de la Edad Media, sino de todos los siglos, lo enseña en su terrible Liturgia.

Es el huracán de las torturas inimaginables, sin el contrapeso de ninguna eficaz piedad para el agonizante voluntario, cuyo Ultimo Suspiro extingue el Sol y enturbia las constelaciones.

Se ha hablado de “vitral” y de Primitivos, de pesadilla y del sombrío genio de Flandes; se ha hablado de Rubens y de Delacroix. De qué—oh Señor!—no se ha hablado, puesto que toda la prensa de Bélgica ha mugido alrededor de ese monstruo de magnificencia cuyo aspecto desconcertaba la corrección de una raza *pintorera* inmovilizada hace doscientos años?

Ah! y sin embargo es bien sencillo y verdaderamente no exige el caso tanta erudición, puesto que es precisamente lo necesario para que una vieja pescadora del país vasco ó de la Flandes occidental, se prosterne con la frente sobre la tierra, exhalando gemidos de piedad, como si se le plantase ante los ojos algún tríptico de Juan de Brujas ó algún sanguinolento Ecce Homo de Alonso Cano!

Porque es enteramente incontestable que tal debe ser el objetivo supremo de todo trabajo de arte exclusivamente religioso. Una imagen piadosa ante lo cual ningún pobre pudiera orar, no parecería acaso lo que puede imaginarse de más idéntico á una prevaricación sacrilega?

Véase, pues, el cuadro de Herny de Groux en su muy poderosa sencillez:

El *Hombre de los Dolores* está de pie sobre el monte famoso que la tradición designa como el túmulo del primer Desobediente.

A su derecha un irónico é impasible bruto pretoriano coronado por brillante penacho y que podría ser el pastor de ese rebaño militar de tan completo embrutecimiento que se distingue en último término.

A su izquierda, un individuo inexpresable, mezcla de eunuco y de descuartizador, que podría tomarse por la custodia viva ó por el relicario de muchos miles de años de humana crápula.

Es ese el cornac del lamentable Señor que se va á crucificar, el cicerone indeciblemente abyecto de las ignominias, de las maldiciones y de los espantos.

Vocifera, designando la Víctima á la multitud, y esa es la señal del más demoníaco tropel de canallas que un pintor ardiendo sobre sí mismo como una solfatara haya jamás tenido la audacia de representar.

La rabia de ese populacho de puños crispados parece tener, según el espíritu de los cuatro Evangelios, algo, mucho, de profético y de sobrehumano.

Los niños mismos—pánico detalle!—aullan á la muerte y blanden sus débiles brazos contra el pecho angustioso del Cordero divino.

Clovis y sus Francos están endiabladamente lejos, por cierto! y mientras más se mira, más se nota que están lejos, indiscernibles, más allá de los siglos, en el hormigueo del Caos bárbaro!

Jesús está solo, absolutamente solo y frente á frente de ese mundo condenado por él, mundo horrible que no es más que la basura del antiguo Paraíso perdido y barrido por los Querubines.

Ese Dios hecho hombre se ha despojado tan completamente á sí mismo que no ha querido guardar ni siquiera el átomo de Divinidad que le hubiera sido necesario para no tener miedo. Sufre y tiembla en su Carne como los débiles entre los más débiles.

Que ahora se sostenga como pueda. Los mismos Angeles han huido, los Angeles brillantes descendidos del cielo para reconfortarlo.

Es tiempo de que aquello concluya, pues de lo contrario no le quedaria más Sangre que derramar por aquellos poseídos sobre la pobre Cruz saludable.

Sangra, en efecto, terriblemente, por todos los piquetes de su Corona y sobre todo por las innumerables plagas de aquella Flagelación milagrosa que la franciscana María de Agreda valuaba en más de cinco mil golpes de flagelos emplomados. Y está de tal manera rojo bajo la púrpura de su harapo que en verdad se creería que es Él el verdugo de los demás.

Pero sus manos que serán traspasadas en breve, sus manos exangües de supliciado, tan enardecidas por el dolor que se les adivina capaces de consumir el firmamento, las recomiendo particularmente á los exploradores de abismos que no temen inclinarse sobre la miseria infinita.....

\* \* \*

La próxima exposición pública de esta obra extraordinaria, cuya intensidad sobrepasa los paroxismos más proclamados, obligará de seguro á la crítica á modificar un poco sus fórmulas.

Algunos comprenderán sin duda, no solamente que se trata de un lienzo al cual nada se asemeja en toda la pintura contemporánea, sino ante todo que se está en presencia de una fuerza absoluta representada por un extranjero á quien el porvenir pertenece.

A parte de algunos jóvenes escritores de quienes Bélgica se asombra, parece que el rey Leopoldo ha sido el único en su pueblo capaz de adivinar la grandeza del autor, ese adolescente de genio, copiosamente insultado por la multitud, asquerosamente renegado por algunos y constreñido á refugiarse en París que es el eterno pabellón de esos lapidados sublimes.

Toca, pues, á París exclusivamente, al intelectual París, donde la justa gloria no es siempre escatimada, el honor de prohijar á semejante naufrago del cielo!

LEON BLOY.

(Trad. de «Revista Moderna»).





## QUE ME MIRE SIEMPRE.....

---

Hay versos que brotan como hilo de agua,  
hay versos que estallan como una centella,  
versos que son chispas candentes de fragua,  
y versos más dulces que la boca de *Ella*.

---

Y por eso pago con versos los besos  
que anhelante libo en su boca roja,  
cuando me desplomo de sus besos, *esos!*  
..... como cae del árbol temblando la hoja.

---

Pero algo los versos apaga y acrece  
el urente encanto; y son sus miradas,  
hay en ellas tanto que flota y se mece.....  
en cielos no vistos noches ignoradas.

---

Cuando me besaba chocaban sus dientes,  
caída de perlas en páteras de oro.  
Mas eran los versos tan indiferentes  
cuando me miraba..... que es lo que yo adoro.

---

Que me mire siempre, como aquella tarde  
en que el sol en amplia púrpura caía,  
con esas pupilas negras en que arde  
la luz de la noche, y la luz del día.

JESUS E. VALENZUELA.





## ACONTECIMIENTO LITERARIO EN LA AMERICA LATINA.

### “LASCAS.”

«Durante la segunda semana del mes que comienza quedará terminada la impresión de «Lascas.» El libro es fruto de vigoroso esfuerzo que conquistará á su autor nuevos é inmarcesibles lauros, y que honrará las letras castellanas.

Las poesías que forman el volumen revisten forma eximia, y encierran conceptos en que esplende soberana belleza.

«Lascas» constituye, cuanto á la forma, un prodigio de exquisitez. Es la obra de un poeta para quien el arte no tiene secretos, para quien el verso es instrumento dócil, y para quien la palabra, austera á veces, á veces suntuosa, no es más que el ropaje que ha de vestir las ideas.

Salvador Díaz Mirón no es un artífice, sino un artista, y un artista que tiene la más alta, la más noble, la más exacta noción de lo grande y de lo bello. Y precisamente porque sabe que es la Verdad la eterna inspiradora de todo lo que está destinado á perpetuarse en el Tiempo, es profundamente humana la maravillosa labor de nuestro egregio bardo.

En «Lascas,» no hay nada que haya sido visto, ó *vivido*, y, recuerdos y esperanzas, anhelos y dolores, propios ó ajenos, han sido engarzados en metros, en ocasiones insólitos, decorados por rimas heroicas.

Todo aquel que conozca Veracruz habrá de reconocer en el libro edificios y paisajes, que el poeta ha copiado con fidelidad de espejo.

El libro adviene al mundo de las letras con buen sino y en momento propicio. En el instante en que el país entra de lleno á la vida intelectual, y en que el escritor halla estímulo y premio á sus afanes, en el aplauso de un público inteligente y culto.»

*El Orden*, de Xalapa, Veracruz, Junio 2, 1901.



## CRUCIFICAT.

AL BUCÓLICO AMERICANO

DR. D. JOAQUIN ARCADIO PAGAZA.

Al pie del monte el pueblo vocifera,  
Maldice, escupe, hierde.... «¡Profetiza!»  
Prorrumpe el eco al estallar con risa  
Entre un rugido de enjaulada fiera.

«Desciende!» clama por la vez postrera,  
La impura voz que al manso martiriza;  
«¿Por qué me desamparas?»... y agoniza  
En medio de una oleada pasajera.

El Rey de los Judíos vuelve y clava  
Sus ojos de perdón mirando al cielo,  
Y al expirar sobre su grey esclava,

Cada gota de sangre por el suelo,  
Del cáliz de su amor, el crimen lava,  
De la raza dispersa y sin consuelo.

## LAS GUITARRAS.

AL LIC MANUEL MARRON.

Bajo agreste festón de umbrosas parras,  
Fresco dosel en la enervante siesta,  
La turba campesina está de fiesta  
Sueltos los chales, flojas las chamarras.

De mano en mano rebosantes jarras,  
Sueltan el jugo que al amor apresta,  
Y almas del canto, como sola orquesta,  
Dan su alegre concento las guitarras.

Vibra el aire encendido en cada boca,  
Y en cada pecho la pasión respira,  
Que en un mar de miradas se entrechoca.

Cada mujer es junco que suspira  
Al compás de la danza alegre y loca  
Y cada corazón es una lira.

JOSÉ TRINIDAD FERRER.

